

SOBRE LA ACTUAL NATURALEZA DE LA CEE

Joan Clavera*

En el momento de cumplirse el vigésimo quinto aniversario del Tratado de Roma, que dió a luz a la Comunidad Económica Europea, se puede afirmar con cierta seguridad que aquella está en plena operación de "soul searching".

En las líneas que siguen se pretenden presentar algunas claves de este proceso de nueva autodefinición y autoorientación. En realidad el énfasis puesto en los últimos tiempos sobre "la Europa de la segunda generación" (1) es como un ejercicio de salto adelante propiciado por la poca halagüeña situación actual.

¿Por qué esa crisis de identidad? ¿Por qué se pretende proyectarla en el futuro más que analizarla en perspectiva histórica?

Empecemos por recordar que los fundamentos teóricos y prácticos de la CEE no pueden encontrarse en los avatares de su propio nacimiento. Tanto la teoría de la unión aduanera como la materialización de ésta -caso del Benelux- escapan y se anticipan a la aventura comunitaria. Las propias ideas "europeístas" se remontan a muchos años atrás.

No es extraño pues que se haya querido ver en la creación de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA) -en 1951-, a la Comunidad Económica Europea y a la simultáneamente creada Comunidad Atómica Europea, como un factor de estabilización política mucho más que como una remodelación sustancial del viejo capitalismo europeo.

De hecho sus propios impulsores siempre tuvieron buen cuidado de utilizar profusamente la palabra "comunidad" y evitaron referirse al "mercado común", ya que esa última expresión reducía el alcance de la aventura. Aventura que se ha visto fundamentalmente como la reconciliación definitiva entre Francia y Alemania.

Por ella nació la CECA, entre ella se movía -ni que sea a nivel geográfico- el Benelux, y a ella se unió solamente Italia. Los seis países fundadores apuraron los años de prosperidad universal y esperaron más de cinco

* Doctor en Ciencias Económicas. Profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.

(1) Comisión de la CEE. Informe aprobado el 24 de junio de 1981.

lustros para llevar a buen puerto la primera ampliación -en 1973- justo en el momento anterior a la crisis petrolera. ¡Poco podía esperar el Reino Unido que su entrada -junto con Irlanda y Dinamarca- iba a coincidir con la crisis económica internacional!

En el umbral de los años setenta, las proyecciones futuras eran francamente optimistas. Decía la OCDE "Hay un problema general: dirigir los frutos del crecimiento a la satisfacción de las necesidades sociales y encontrar la forma de poner remedio a los costes e inconvenientes del crecimiento" (2).

Once años más tarde, afirma la Comisión Económica de la CEE: "La Comunidad, como muchos países desarrollados, se enfrenta a un doble desafío representado por un paro que no cesa de progresar y por una elevada inflación de carácter permanente; este desafío se agrava por la percepción generalizada de un crecimiento moderado" (3).

En el lapso de tiempo que ha transcurrido entre las dos declaraciones, ha sucedido algo más que una simple crisis económica. Seguramente es hoy por hoy prematuro intentar una aproximación rigurosa a la globalidad de los fenómenos señalados.

Sin embargo hay algunos puntos de referencia que pueden ayudar a situarnos sobre las buenas pistas. Uno de ellos podría ser el sentimiento generalizado de pérdida de fe o credibilidad de los modelos económicos y sociales preexistentes.

No es de extrañar que tras más de ocho años de crisis -y no solamente en las economías de mercado- todos empecemos a cuestionar algo más que los aspectos coyunturales. En este sentido es reveladora la comparación entre dos conocidos estudios de la OCDE: el denominado informe Mc Cracken y el que ha recibido el nombre de "Interfuturos".

Aunque poco distanciados temporalmente, esos dos estudios representan enfoques alternativos. Nacidos ambos al calor de la crisis económica de 1975, el informe Mc Cracken de corte muy clásico insiste con rigor en los remedios ortodoxos de la política económica. Altamente significativa es la siguiente afirmación "La evolución reciente se aplica, fundamentalmente, por la excepcional conjunción en el tiempo de una serie de fenómenos desgraciados, que sin duda no se repetirán en la misma escala y cuyos efectos se han visto amplificadas por determinados errores de política económica que se hubieran podido evitar" (4).

(2) OCDE. "La croissance de la production 1960-1980" Paris, 1970.

(3) CEE. Comisión: "Cinquième Programme de Politique économique à moyen terme" *Économie Européenne* n.º 9, 1981.

(4) OCDE "Pour le plein emploi et la stabilité des prix". Paris 1977.

La excepcionalidad de los momentos correspondientes a la crisis que se deduce de las anteriores líneas, poco tienen que ver con lo que se desprende del análisis de prospectiva que representa Interfuturos. En éste se afirma: "Pese a la no existencia de límites absolutos para el crecimiento, debido a la falta de recursos o a la insuficiencia de las innovaciones, los países industrializados conocerán un crecimiento más moderado, debido tanto a la incertidumbre externa (emergencia de un mundo multipolar, dificultad de la transición energética, existencia de problemas monetarios) como a las características internas (baja de la rentabilidad estimada de las inversiones, sensibilidad a la inflación) que sin duda son la traducción de una cierta esclerosis constitucional, de la evolución de los valores y del debilitamiento de la capacidad de los gobiernos para dominar la complejidad creciente de los datos de sus políticos" (5).

Este reconocimiento explícito de la falta de proyectos y de "ilusión" en un modelo en las economías de mercado, por fuerza había de influir en los órganos políticos y técnicos de las Comunidades Europeas. ¿No estará precisamente ahí la razón profunda de la actual falta de identidad comunitaria?

La tradicional despreocupación de los ciudadanos comunitarios acerca de la propia comunidad (a excepción de las posturas claramente contrarias a ésta), no ha sufrido modificaciones importantes pese al notable avance que representaron las elecciones directas al Parlamento Europeo en 1979.

Esa despreocupación no puede tener mejor caldo de cultivo que el hecho de la indiferenciabilidad de la situación económica actual en el seno de las economías occidentales. Se trate de EE.UU, la CEE o la EFTA, en todas partes se topa con los mismos obstáculos y por ello hay una cierta tendencia a aplicar las mismas medidas de política económica que, naturalmente, nada tienen de atractivas para la inmensa mayoría de los ciudadanos. En otras palabras, el nuevo marco económico tras la crisis de los años setenta y la mundialización de la economía están corroyendo los intentos de singularizar un proyecto a escala de la CEE.

Cuando los diferentes gobiernos de los países de la CEE se enfrentan a tasas de paro que superan -en promedio- el 10% y a crecimientos económicos cercanos a cero, la cesión de instrumentos de política económica en aras de un proyecto europeo común, pueden resultar un coste intolerable sobre todo a corto plazo.

En estas circunstancias, la defensa del "statu quo" unitario es algo ca-

(5) OCDE "Interfuturs. Face aux futurs". Paris 1979.

si inevitable como mal menor desde la óptica de cada país miembro.

En un momento de incertidumbre económica, nadie intentará poner en marcha nuevos mecanismos, a menos de que exista el pleno convencimiento de que precisamente servirán para reducir tal incertidumbre. Incluso en este caso habrá que ver si todos los gobiernos son capaces de implantar las nuevas medidas que se propongan. Este es el caso del sistema monetario europeo; al menos tres países de los diez, se encuentran en una posición especial por sus dificultades internas.

Los aspectos agrícola-presupuestarios están sometidos a la misma dinámica: mientras para los países con escasa población activa agrícola, el presupuesto comunitario les resulta intolerablemente escorado a la subvención de tales actividades, para aquéllos países con un campesinado importante, la defensa de la actual situación les permite evitar una reducción de los activos agrícolas, que se traduciría en un incremento significativo de las subvenciones destinadas a paliar el paro.

Entretanto, la Comisión de las Comunidades Europeas elaboró en 1981, el V Programa a medio plazo de política económica, que fué publicado a mediados del año (6). En todo el Programa se aprecia una notable inclinación a las políticas "del lado de la oferta", pese a que la propia Comisión prevenga sobre la inutilidad de discusiones académicas al respecto.

En efecto, viene a decir la Comisión, que si se quiere conseguir una mejora permanente en el empleo, hay que ser conscientes que a corto plazo aquel va a continuar; en consecuencia, los esfuerzos principales han de concentrarse en la mejora de las estructuras económicas. Ello implica varios puntos:

Primero, facilitar la movilidad del capital y de la mano de obra, permitiendo el libre juego de las fuerzas del mercado y la adaptación de las condiciones internas y externas de la competencia.

Segundo, mantener la apertura al resto del mundo y compensar la pérdida de mercados externos.

Tercero, concienciar a todas las partes implicadas en los motivos de la nueva estrategia, que pasa por una necesaria adaptación estructural.

Es precisamente esa adaptación la que resulta más significativa. A este respecto, la Comisión fija unos puntos principales de atención, que podríamos resumir en los siguientes:

1.- Necesidad de desarrollar la investigación tecnológica de largo alcance, para así poder estar en condiciones óptimas de competencia.

(6) CEE. Comisión. Vid supra nota 1.

2.- Necesidad de un comportamiento fiscal correcto, para evitar que las inversiones en sectores productivos se desplacen al sector inmobiliario o a la adquisición de deuda pública.

3.- Reducir la intervención del Estado en el sector privado a lo imprescindible, desconfiando de los efectos de determinadas ayudas y subvenciones, y confiando más en el mercado.

4.- Atención a la importancia de las pequeñas y medianas empresas, y a la inversión en el sector energético.

5.- Necesidad de limitar el gasto público, siendo crucial la limitación de los gastos correspondientes a la seguridad social. También convendría aumentar las tarifas de determinados servicios públicos o bien reprivatizarlos.

Como puede comprobarse fácilmente, poco hay de originariamente "europeo" en esta visión de lo que deben ser las economías de mercado en las actuales circunstancias. Ni es un proyecto especialmente atrayente para aquellos jóvenes que no pueden incorporarse a un puesto de trabajo, ni singulariza -en el concierto de las relaciones internacionales- a las Comunidades Europeas como portadoras de un nuevo mensaje, sobre todo en el diálogo Norte-Sur.

Por todo ello, una efeméride como el 25 aniversario de la firma del Tratado de Roma -a las puertas de una ampliación comunitaria a España y Portugal- pasó sin grandes celebraciones ni en los países comunitarios ni en los aspirantes. La significativa portada de la conocida revista "The Economist", encerrando a la CEE en una tumba, la "desilusión" comunitaria del canciller Willy Brandt, y la ambigua postura griega, sólo contrastan con un juicio relativamente benévolo de los franceses favorecidos por la política agrícola común.

Pese a todo ello, la CEE continua siendo de momento una relativamente importante maquinaria aduanera, agrícola, jurídica y monetaria, entre otras cosas.

¿Que es pues lo que falla? Sencillamente, no poder encontrar una solución específicamente europea a los problemas surgidos en esta nueva fase de las economías de mercado industrializadas.

Las limitaciones puramente políticas a los intentos de hacer jugar positivamente a los nuevos valores emergentes, son demasiado importantes. La búsqueda del "alma comunitaria" no puede reducirse al tablero económico. Sin embargo, con más de 10 millones de parados en la CEE, y con la certeza de que a corto plazo no van a ser menos, es casi imposible resistirse a confundir urgencia e importancia.

Si la CEE como parte sustancial de Europa, no intenta ahora con to-

das sus fuerzas soluciones político-económicas de futuro, se verá sometida - como de hecho lo está hoy en día- al juego de una interdependencia desordenada y jerarquizante. Quizás España, como país ahora aspirante y más tarde posible miembro de la CEE, podría servir como palanca introductoria de parte de estos nuevos valores a que antes nos referíamos. Uno de ellos es sin duda la profunda revisión de la política exterior comunitaria, especialmente la que hace referencia a Latinoamérica.

El viejo continente necesita nuevas o renovadas amistades, sobre un plano de franca cooperación y respeto. La endogamia y el mirarse el propio ombligo, no han sido nunca palancas de futuro. Queda la esperanza de que una nueva actividad hará cristalizar positivamente la suma de inquietudes de aquéllos que actualmente investigan o se interesan sobre la naturaleza de la CEE.

Barcelona, mayo 1982